

EL FIN DEL ULTIMO IMPERIO EUROASIATICO EL ESTADO SOVIETICO Y LAS REPUBLICAS MUSULMANAS

(Tercera Parte)

Susana L. Dawbarn de Acosta

Introducción

Esta investigación forma parte de un estudio más vasto sobre el problema nacional en la extinta U.R.S.S. cuyos resultados están contenidos en dos recientes artículos. En el primero se debatieron las posiciones occidentales y la versión soviética acerca de la persistencia de las lealtades nacionales. En el segundo, se examinaron las modalidades que revistió la presión secesionista en los tres núcleos geográficos y culturales de mayor repercusión nacionalista: el Báltico, el Cáucaso y las repúblicas occidentales. En este trabajo se plantea el particular caso de las repúblicas centroasiáticas cuya especificidad nacional evidenció una tardía manifestación y ésta fue más el producto de la misma intervención comunista que el efecto de la auténtica voluntad de esos pueblos. Por otra parte, en estas repúblicas -las últimas en responder a la

euforia emancipatoria que invadió el imperio- la disconformidad nacionalista quedó relegada frente a otro antagonismo crucial: la pugna de dos concepciones supranacionales, el comunismo occidentalista -que pretendió reemplazar al Islam mediante esta nueva ideología y bloquear el potencial impulso de integración pan-turca a través de una creación ficticia de identidades nacionales- y el islamismo oriental, que si bien supo adaptarse a las exigencias del régimen, jamás abandonó sus aspiraciones universalistas.

Además del análisis de estos argumentos, se ha visto necesario revisar algunos términos (nacionalismo, imperialismo, federalismo) que han sido seleccionados dada su relevancia en el estudio de esta temática y debido a la peculiar interpretación que de ellos han elaborado los investigadores soviéticos en desacuerdo a la mayoría de las opiniones del Oeste.

a) Análisis de conceptos de significación equívoca

En esta primera parte se clarificarán algunos términos -nacionalismo, imperio, federalismo, independencia y soberanía- cuyo significado ha diferido según hayan sido utilizados por la investigación occidental o soviética.

1. El fenómeno nacional ha tenido a lo largo de la historia contemporánea una relevancia excepcional en especial durante el siglo XIX. Pero hoy, en los umbrales del siglo XXI, ha recobrado una inusitada efervescencia y por doquier estallan movimientos de sesgo nacional que se hallaban amordazados.

No obstante su innegable popularidad en los acontecimientos de la historia reciente, no es fácil encontrar una definición de nacionalismo que exprese unitariamente las diversas fuentes y objetivos de los conflictos nacionales. Por el contrario, desde distintos enfoques -histórico, político, sociológico o combinatorio de los anteriores- han proliferado

intentos por sistematizarlo. Además se debe tener en cuenta que esta noción se ha ido impregnando en el tiempo con fórmulas ideológicas diferentes que han desembocado en situaciones históricas de signo peculiar. Primero se alió con el liberalismo y fue revolucionario contra el antiguo régimen; luego con la idea democrática, entre 1830 y 1850; con el conservadorismo, para custodiar las tradiciones amenazadas ante el avance las ideas liberales y socialistas y entonces fue contrarrevolucionario; una alianza de menor vitalidad la concretó con el socialismo; con el fascismo se hizo expansivo y chauvinista y también, trabó una curiosa relación con el comunismo, que es internacionalista por definición.

El objetivo histórico por cumplir ha dado lugar a otra tipología que distingue el nacionalismo fundador -creador de un nuevo estado nacional- del restituyente o unificador -unión de sectores nacionales dispersos bajo el dominio de otro poder- y del modernizante o reformista, orientado a una autonomía cultural o económico.¹

Pero ¿cómo precisar qué es lo que induce a un grupo de individuos a identificarse como miembros de una determinada comunidad nacional? Tanto la tradición alemana como la francesa se complementan para especificar las notas características de nación. Ésta -según la escuela alemana- se define por la conciencia de un pasado histórico común, por la identidad lingüística y religiosa, que puede configurar un estado que no cuente con un territorio propio, en cuyo caso su adquisición se convierte en aspiración prioritaria.

Estos factores objetivos (algunos de los cuales puede no existir o su peso variar según los grupos), exigen el complemento del criterio subjetivo, invocado por la escuela francesa, que destaca la necesidad de visualizar una actitud

1 BUCHRUCKER, C., *El proteico nacionalismo*, 1990 (en prensa, en volumen colectivo de la Fac. de Derecho de la U.N.Córdoba).

espiritual, conciente y subjetiva, que se traduce en la "voluntad de vivir en común". Es el plebiscito diario a que se refiere Renán, conectado estrechamente a la idea de soberanía popular o a la fórmula más conocida de autodeterminación de los pueblos, que revaloriza por un lado, el principio igualitario entre las personas -ya que el sentimiento nacional no es privativo de ninguna clase- y por otro, consagra también el principio de igualdad en las relaciones inter-étnicas.

Por eso mismo desacredita toda vinculación imperial -que proviene de la fuerza y no del consenso- que establece una estratificación étnica entre pueblos superiores o dominantes y pueblos inferiores o dominados.²

La idea nacional por tanto, no es sólo una elaboración intelectual que rastrea los nexos comunes y los exalta, sino que es un sentimiento a la vez personal y colectivo, que apela a la vertiente psicológica de los individuos. También en ciertas ocasiones ha sido la manifestación de intereses concretos relacionados con determinados sectores sociales.

De todos modos, y a pesar de las connotaciones indicadas, se utilizará alternativamente, en forma equivalente, para nombrar el hecho nacional -por razones de estilo- términos como sentimiento nacional, autoconciencia, interés, voluntad o atributos nacionales.

Los soviéticos manejaron un concepto de lo nacional asociado a los caracteres objetivos que fueron explicitados por Stalin en 1913. En torno a esta concepción se diseñaron las sucesivas políticas que encaró el régimen comunista hasta mediados de la década del 80 y cuyo análisis será profundizado en el desarrollo de los temas siguientes.

2 BUCHRUCKER, C., *El nacionalismo como problema de la historia de las ideologías*, en Revista de Historia Universal, Mendoza, 1988, p. 218. También ver LOPEZ de FERRARI, N., *Nacionalismo y Democracia*, en Revista de Historia Universal, n° 5, Mendoza.

2. La idea de imperio ha sido frecuentemente utilizada por la historiografía occidental y la soviética, pero de una manera diferente.

En general, los autores occidentales concuerdan en asignarle al estado soviético el calificativo de imperial, mientras que los especialistas de la U.R.S.S. han difundido el término de estado multinacional socialista.

Se debe recordar que durante la revolución, Lenin y después sus continuadores, se propusieron mantener el ex-imperio ruso a pesar de la promesa declarada de autodeterminación para todos los pueblos alógenos. La guerra civil había exacerbado las pasiones nacionalistas y el partido creyó necesario someter esas tendencias centrífugas y postergar el programa inicial ofrecido a todas las poblaciones no rusas. A partir de entonces la firme determinación de superar las diferencias nacionales para transformarlas en conciencia internacional, fue el hilo conductor de todas las políticas soviéticas.

Este imperialismo tuvo, desde sus comienzos, una semblanza especial. Desde un punto de vista geográfico, la ausencia de una frontera precisa que separara claramente la metrópolis de las colonias, le permitió a Rusia una política de asentamiento y ocupación que le impidió desarrollar una conciencia verdaderamente imperialista y le otorgó a su expansión una legitimidad que no tuvo la aventura marítima occidental. De todos modos, dice Mortimer, esta diferencia cualitativa no ha podido convencer a las poblaciones sometidas de aceptar eternamente el tutelaje ruso en sus territorios³. Ningún pueblo renunció voluntariamente a su identidad en favor de Rusia sino que el proceso de incorporación al imperio fue al igual que en los otros, a través del sometimiento. Por otro lado, unido a esta continuidad geográfica, estaba la superioridad numérica

3 MORTIMER, E., *Faith and Power. The politics of Islam*, N. York, 1982, p. 373-391.

y cultural rusa sobre las agrupaciones étnicas dominadas que explica la rusificación que impusieron a esos súbditos. La construcción de la nación rusa se superpuso a la conformación del imperio⁴. Y cuando este imperialismo se hizo soviético su propósito no fue hacer rusos a los no rusos, sino que su meta fue evitar explosiones nacionales que impidieran el establecimiento de un régimen común a todos. El objetivo era comunizar y no rusificar, aunque ese resultado fue inevitable.

Todos, sin distinción de especificidades étnicas, organizarían sus estados con un único modelo provisto por el partido comunista. Un nuevo principio legitimador venía a reemplazar el antiguo principio geográfico en nombre de la ideología. Cuando la glasnost y la perestroika iniciada con Gorbachov comenzaron a poner en tela de juicio los supuestos filosóficos del comunismo y el deterioro económico se generalizó, la legitimidad del imperio se desvaneció y la cohesión del estado comenzó a desplomarse.

De todas formas no debe perderse de vista que en esta empresa de contenido ideológico hubo una comunidad étnica -la rusa- que numérica y culturalmente ha sido dominante. La lengua rusa se erigió en el instrumento unificador del estado multinacional y fue el verdadero intermediario en la interacción cultural de los pueblos. Su supremacía se constató en múltiples formas y en los más lejanos confines del país.

Otra característica diferenciadora de este imperialismo ha sido la ausencia de explotación de un pueblo por otro. Por el contrario, no sólo promovió la cultura y las lenguas nacionales -por cierto que no en todas las épocas- sino que contribuyó al desarrollo económico aún en las tierras más remotas, a través de inversiones directas, facilidades presupuestarias e impositivas, gastos de defensa y administración,

4 PIPES, R., *Las "Soluciones" del Problema de las Nacionalidades, en Problemas del comunismo (P.d.C.)*, Washington, 1967, n° 5.

que fueron sostenidas por las autoridades centrales. Pero estos beneficios tuvieron en parte un efecto negativo. La determinación por Moscú de la política económica de todo el territorio soviético condujo a una interdependencia, que provocó resentimientos nacionales debido a la imposibilidad de las regiones para adoptar decisiones económicas autónomas, fenómeno que se intensificó después de la crisis del sistema.

3. El federalismo ha constituido una conquista lograda con la revolución, según la historiografía oficial de la U.R.S.S.⁵ Efectivamente, todas las constituciones soviéticas estatuyeron un ordenamiento federal en las relaciones entre las repúblicas y regiones autónomas y el centro. Pero los hechos demostrarían que este federalismo quedaría relegado a la proposición formal enunciada.

Durante la experiencia leninista se promocionaron las culturas nacionales con la esperanza -para algunos sincera, para otros oportunista- que esta renovación nacional acallase las suspicacias étnicas hasta que llegara el momento, previsto por Lenin y sus seguidores, de la revolución mundial socialista que eliminaría las fronteras estatales y reemplazaría los conflictos entre estados por la lucha de clases. Pero hacia 1920 era evidente que semejante insurrección no iba a producirse, por lo menos en Europa occidental, puesto que se visualizaba que los obreros no tenían ya intenciones de involucrarse en actividades insurgentes y sólo aspiraban a mejorar su posición dentro del marco legal del sistema capitalista. Fue entonces que hubo que abandonar la política benigna y respetuosa hacia las repúblicas emancipadas, que durante la revolución habían desarrollado políticas propias cada vez más distantes de las

⁵ Según la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales se entiende por federalismo el " modo de organización política que vincula unidades políticas distintas en un sistema político global y permite que, al mismo tiempo, cada una mantenga su integridad política fundamental".

decisiones del centro y emprender la reconquista de los pueblos, resistentes a doblegarse al partido-estado.

La constitución de 1923 reflejó teóricamente la forma federal que en los hechos sólo fue una ficción. Stalin inauguró una época de rusificación sistemática con una ferocidad que aplazó cualquier intento nacional por sobrevivir. Solamente fue aceptada como forma de expresión particular la utilización de la propia lengua pero en la versión cirílica. La colectivización forzosa fue aún más despiadada especialmente en las regiones del Asia Central donde el nomadismo y las tradiciones obstaculizaban el programa de transformación agraria. Las élites nacionales que osaron resistir fueron cruelmente perseguidas y hasta liquidadas, reemplazadas por elementos dóciles a las directivas del Kremlin. Los esfuerzos de Stalin también se dirigieron contra los intelectuales en una campaña destinada a reescribir la historia rusa. En este intento se reivindicó en parte la época del colonialismo zarista, que hasta entonces había sido considerado como un mal absoluto y ahora se lo catalogaba como un mal menor, comparado con las conquistas ultramarinas de Inglaterra y Francia.

Pero la Segunda Guerra mundial puso de manifiesto lo precario del estado unitario y la efervescencia de las tensiones nacionales. Y en el deseo por unificar el esfuerzo de guerra contra la invasión nazi el gobierno insufló los sentimientos patrióticos hasta ese momento repudiados. Recurrió entonces a la exaltación de las tradiciones históricas, a la solidaridad de los pueblos y arengó por el resurgimiento de las lealtades religiosas. Sin embargo, esta política, una vez terminada la conflagración mundial, fue abandonada y nuevamente se propició una brutal rusificación, clasificando a los pueblos en malos y ejemplares. Entre los primeros incluyó a aquellas regiones que habían exteriorizado, bajo el dominio nazi, tendencias separatistas y a quienes acusó de traición, llegando al extremo de deportar a seis pequeñas poblaciones que quedaron anuladas jurídicamente. Entre los segundos, el de

mayor prestigio era la nación rusa que adquiriría un status supremo como la hermana mayor "guía para todos" y "responsable de todos"⁶. La conquista rusa se convertía ahora -últimos años de la década del 40- en bien absoluto y su cultura debía simbolizar el modelo a la que tendrían que adecuarse las otras agrupaciones nacionales. Se hacía hincapié en demostrar las relaciones históricamente amistosas que había sostenido Rusia con los pueblos no rusos, alertando que los conflictos entre ellos tenían un origen social -odio de clases- y no producto del resentimiento étnico.⁷

Lo curioso de esta política contraria a las existencias nacionales fue la paralela invocación teórica al régimen federal formalizado primero en la Constitución de 1936, luego en la reforma de 1944 que hasta permitía a las repúblicas contar con ejércitos propios -que nunca fueron concretados- y tener representación diplomática en el exterior. Sólo Ucrania y Bielorrusia tuvieron delegaciones en la O.N.U., lo cual no les reportó ningún beneficio adicional.

La época de Krushev inaugura una nueva etapa en la relación intranacional y el estado soviético. Las motivaciones que lo impulsaron a este cambio de táctica se han discutido (reconocimiento dentro del campo socialista de caminos propios en la realización del comunismo o intuición de la necesidad de apoyar los movimientos nacionales del Tercer Mundo como forma de penetración soviética) pero lo cierto fue que en el XX Congreso del P.C.U.S. Krushev denunció la política staliniana hacia las nacionalidades y patrocinó el desarrollo de las formas nacionales. Se rehabilitaron a la mayoría de los pueblos deportados a quienes se les restituyeron sus territorios (exceptuándose a los alemanes del Volga y a los tártaros de Crimea). Se los estimuló otra vez a legitimar su

6 CARRERE D'ENCAUSSE, H., *El expansionismo soviético*, Bs. As., 1982, p. 34.

7 *Ibid.*

pasado, descalificando el colonialismo ruso que nuevamente era tildado de mal absoluto. La historia volvía a ser objeto de la más burda manipulación aunque los términos habían cambiado.

Esta reparación histórica estaba destinada a aplacar las frustraciones étnicas, pero de ningún modo aspiraba a un reconocimiento pleno de las entidades nacionales. Sostiene Helene Carrère que la nueva dirigencia soviética estaba igualmente convencida de que el tiempo y la educación robustecerían la convergencia nacional. Lo que había variado desde la época de Stalin era el método, pero no la doctrina: de la violencia y la imposición de entonces, se apuntaba ahora a la pacífica convalidación de las expresiones nacionales. Junto a esta política, Kruschev secundaba asimismo una renovación del federalismo con pretensiones más económicas que políticas, aún cuando se le otorgaron a las jurisdicciones locales mayores atribuciones en las tres áreas del poder.

El objetivo era hacer más efectivas las relaciones económicas que garantizarían la nueva sociedad soviética, superadora de las diferencias nacionales.⁸

Pero al igual que sus predecesores, el líder comunista no pudo resolver el problema nacional porque todos ellos partieron de una premisa preconcebida: el conglomerado étnico debía desembocar necesariamente en la armonía y en la aceptación de una nueva cultura que adoptaba las formas rusas, pero cuyo contenido era semejante para todas las representaciones nacionales: la soviétización del país.

Tampoco sus sucesores alteraron la meta de la unificación de los pueblos, aunque surgieron por primera vez encuentros científicos que patentizaron la preocupación del régimen por el tema de las nacionalidades. En una de esas reuniones -1966- la discusión se centró en la confrontación de

⁸ Ibid.

dos tesis: una, defensora de la propuesta asimilacionista o unitaria, para quien la modernización -donde el rasgo económico era crucial- implicaría la disolución de los vínculos nacionales. Para ellos ya no existían impedimentos objetivos para una fusión más estrecha. La otra posición era favorecedora de un programa nacional, moderador de la coacción oficial, para evitar el reavivamiento de los antagonismos étnicos. Esta compulsión académica había sido posible gracias a la mayor flexibilidad del régimen, que permitió el surgimiento de una opinión diferente aunque constreñida al ambiente intelectual.⁹

Años más tarde, la nueva Constitución de 1977 también salvaguardaba el sistema federal hasta el punto de reglamentar la secesión de las repúblicas que así lo reclamasen. Sin embargo este reconocimiento formal -que jamás se aplicó- quedaba tergiversado en los mismos postulados constitucionales, que consagraban la autoridad del poder central sobre las frágiles autonomías, cuyas competencias eran prácticamente desconocidas. La máxima autoridad estatal, según la norma constitucional, estaba simbolizada en el Soviet Supremo de la U.R.S.S. que contaba con la representación de los grupos nacionales. Pero al no constituir una asamblea permanente sino periódica -se reunía dos veces al año- el verdadero poder se concentraba en el Presidium, el Consejo de Ministros y Comité de Estado, instituciones todas en donde los eslavos y principalmente los rusos siempre desempeñaron abrumadoramente la mayoría de los cargos.

"Las grandes decisiones son competencia del poder central que apenas da cabida a los no rusos".¹⁰

Los Soviets republicanos eran entidades postergadas que se limitaban a reproducir los dictámenes del Soviet

9 HODNETT, G., *¿Qué hay en una nación?*, en P.d.C., 1967, n° 5.

10 CARRERE D'ENCAUSSE, H., p. 118.

Supremo de la Unión. Sus facultades eran muy reducidas (asuntos municipales, transporte y rutas locales, servicios sociales y de consumo) y fue la jurisdicción central la que detentaba el poder real por intermedio de los delegados federales y de los Comités de Estado.

Pero no sólo el estado fue una herramienta de centralización. El partido comunista y el ejército contribuyeron a prolongar la autoridad de la administración central sobre la periferia y a imponer la presencia eslava en sus principales órganos. Si bien entre los miembros del partido la mayor representación la tenían los georgianos, rusos y armenios, en ese orden, en los órganos centrales partidarios: Comité Central, Politburó y Secretariado, el grupo de más preminencia era el eslavo. En realidad los puestos de mayor envergadura fueron los dos primeros secretarios, aunque el primero, en las repúblicas, ejercía las funciones ejecutivas, el segundo, desempeñó el papel decisivo al representar al poder central, fiscalizar la tarea del segundo secretario y proponer los principales nombramientos. Este cargo fue detentado casi siempre por un ruso aunque esta situación varió según las épocas y regiones.

Desde la revolución de 1917 el ejército se convirtió en el vehículo primordial de fusión nacional ya que durante la etapa zarista los grupos periféricos estaban excluidos del mando militar. Una vez terminada la guerra civil se fomentó la formación de unidades nacionales dentro del Ejército Rojo aunque la oficialidad se mantuvo en manos de los rusos. La situación cambió hacia 1938, cuando se eliminaron las fuerzas republicanas y se reemplazaron por agrupaciones multirraciales cuyo medio de comunicación era el ruso, que debía servir para la educación no sólo técnico-militar, sino especialmente para el adoctrinamiento político. Para promover la asimilación y el correlativo desvanecimiento del sentimiento nacional se preocuparon por exigir el cumplimiento del servicio militar fuera de sus comarcas nativas.

Esta política castrense se prolongó sin modificaciones, excepto en el período 1941-45 en el que la guerra obligó a Stalin a reinstaurar las formaciones nacionales, que fueron nuevamente canceladas al terminar el conflicto.

Para algunos especialistas la preocupación por un trato efectivamente federal movilizó el descontento étnico contra Moscú. Sin embargo, este impulso inicial sería avasallado por nuevos reclamos, bajo inéditas circunstancias, que culminarían en la descomposición del imperio.

4. Vinculado estrechamente al concepto de federalismo se encuentra el término de soberanía del estado republicano, que dentro del marco jurídico soviético suponía un significado especial, diferente del que implicaba la palabra independencia. En los estudios occidentales soberanía e independencia son expresiones equivalentes.

Cuando once repúblicas soviéticas tomaron la decisión de reclamar su soberanía, -para abril de 1990- solamente dos de ellas, primero Lituania (11-3-90) y después Georgia (9-4-90) habían proclamado su independencia.

La referencia a disponer de su soberanía contemplaba el control de sus propios recursos (autonomía económica y financiera), elección directa de sus propias autoridades sin intervención de Moscú y la determinación de reservarse el derecho a concretar su independencia. Es decir, que la mención a la soberanía fue en realidad una exigencia relacionada con la plena vigencia del federalismo, una aspiración autónoma y no una pretensión emancipadora.

Pero cuando en agosto de 1991 se produjo la intentona golpista por parte de los sectores más ortodoxos del régimen (jerarquía militar, K.G.B. y P.C.U.S.) contra Gorbachov, las restantes repúblicas no rusas -en medio de la crisis y de modo incontrolable- se abalanzaron por el camino independentista. Fueron decisiones parlamentarias que debían ser refrendadas por plebiscitos, los que se fueron efectivizando uno tras otro.

b) Las repúblicas del Asia Central

El norte del Asia Central soviética fue conquistada por la Rusia de los zares entre 1715 y mediados del siglo XIX. El sur, Turkmenistán, fue absorbido en el lapso que va de 1865 a 1885. Los métodos zaristas de dominación alternaron la represión militar, incluida la persecución a los nómades, y la colonización. La administración rusa se caracterizó por su poca eficiencia, más preocupada por el mantenimiento del orden, lo que benefició el desarrollo de cierto grado de autoconciencia nacional. La importancia de estos territorios, como centro de colonización creció -hacia 1850- por su riqueza petrolera, además de valor estratégico de la zona, ya que conformaba el borde meridional del Imperio.

En 1917 los pueblos que la habitaban sumaban doce millones de personas que practicaban el Islam -mayoritariamente sunní- de ascendencia preponderantemente turca (el 84% según el censo de 1959), excepto los tajikos, de origen iraní. Convivían con dos millones de eslavos, sobre todo rusos y ucranianos que en su papel de colonizadores ejercían los cargos principales y se apropiaron de las mejores tierras, en connivencia con las clases altas locales. Permitieron una amplia libertad en materia cultural y religiosa, interrumpida solamente en los períodos de rígida rusificación.¹¹ La revolución bolchevique sorprendió a estos pueblos antes de haber desarrollado su conciencia nacional, de modo que el sistema soviético les proporcionó una nueva ideología con la cual sustituyeran la del Islam y una nueva lealtad nacional que obstaculizara cualquier intento de vinculación pan-islámica o pan-turca. Así se crearon artificialmente naciones separadas -que son el origen de las actuales- con lenguas escritas, la mayoría inventadas para cada estado en especial. Los

11 WHEELER, G., *Los musulmanes del Asia Central*, en P.d.C., nº 5.

caracteres latinos impuestos para ahondar la brecha con los otros pueblos musulmanes extra-soviéticos, se transformaron al alfabeto cirílico cuando Turquía adoptó la escritura latina, esta vez para malograr el temido designio pan-turco.¹²

La versión oficial sobre las relaciones imperiales arrancó de una primera explicación, pronto abandonada, que denunció la conquista zarista. La nueva argumentación en la época de Stalin defendió la política zarista hacia las poblaciones musulmanas salvadas por Rusia de los designios imperialistas de los países occidentales. En cuanto al imperio soviético, estudios recientes reconocieron los errores de la administración stalinista en esta zona, pero, como antes, subrayaron los beneficios que el régimen comunista desplegó en los atrasados territorios centroasiáticos. En efecto, el desarrollo económico, particularmente agrícola, aunque también industrial, la adopción de servicios sociales modernos en el campo de la salud y la educación y la promoción cultural, elevaron a guarismos desconocidos los índices de standard de vida, con salarios equiparables al resto de la Unión, excelentes hábitos alimentarios, aunque con un número mayor de obreros no calificados, en parte porque es una zona que depende principalmente de las tareas agrícolas y cuenta con ingresos per cápita menores debido a que constituyen familias con muchos hijos¹³. También la tasa de alfabetización alcanzó una crecida proporción -90%- así como el índice de urbanización, todo lo cual puso de manifiesto un nivel de vida superior al de los estados musulmanes no soviéticos. Sin embargo, esta bonanza comenzó a tener sus grietas, visibles a mediados de los 80 y públicas hacia el final de esa década. Leonid Abalkin, vicepresidente del gobierno y economista al frente del Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

12 Ver MORTIMER, E.

13 Ver CARRERE D'ENCAUSSE, H.

admitía, a través de un vocero, el retroceso de la renta nacional, lo que había incrementado la desocupación, (aunque declaraba carecer de datos estadísticos completos) cuyos índices eran alarmantes especialmente en el Cáucaso y Asia Central, estimados entre un 20% y 25% de la población activa¹⁴.

Las repúblicas que pertenecían al Asia Central soviética son Kirguisistán, Tadjikistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Kazajstán (pueblo de las estepas del norte pero incluido entre las poblaciones asiáticas). En un breve resumen se aportarán algunas cifras demográficas y datos económicos para cada república¹⁵.

Kazajstán. A fines de 1991 abandonó el rótulo de socialista y soviética y pasó a llamarse República de Kazaj. Era la segunda república en extensión territorial y tenía el cuarto lugar en número de habitantes de la ex-U.R.S.S., con casi diecisiete millones de personas, sólo el 40% son kazajos, casi equiparados por los rusos (38%) y con minorías de ucranianos (5%), alemanes (5%), tártaros (2%) y de otras nacionalidades, constituyó un territorio que hasta el último momento fue un aliado de Gorbachov y de su política en defensa del mantenimiento de la U.R.S.S. Entre 1979 y 1989 el crecimiento global de la población registrado era del 12,1% mientras que el de la nación titular ascendía al 23,5%. Este fenómeno, que se verificó igualmente en los otros estados musulmanes, representó para la principal minoría eslava -la rusa- un desafío a su legendaria posición dominante y el germen de potenciales disturbios interétnicos.

14 LA NACION, 31-3-90.

15 GOTZ, R. y HALBACH, U., *Datos para la geografía, población, política y economía de las Repúblicas de la ex U.R.S.S.*, en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, Bonn, n° 52-53, dic. 1991, pp. 44-68 y LOS ANDES, 22-9-91.

Su economía se basa principalmente en la agricultura (trigo y tabaco) y en sus recursos petrolíferos y carboníferos, que conformaban el grueso de sus exportaciones. Las importaciones principales se efectuaban en rubros industriales, madera y papel. La producción industrial conseguía el 31% del Producto Bruto Interno (P.B.I.). Era el tercer productor de hierro de la Unión y la producción de caucho se destacaba entre las actividades de mayor importancia. El subsuelo es rico en plomo, cobre y zinc. La influencia política que adquirió en los últimos acontecimientos se debe a que en su territorio está asentada parte del poder nuclear soviético como en Rusia, Ucrania y Bielorrusia.

Los conflictos vigentes en esta república se refieren a la cuestión rusa, las tensiones derivadas de la mayor autonomía que ya ejercen los cosacos y la demanda autonomista de la población alemana.

Kirguisistán. Su población alcanza los cuatro millones cuatrocientos mil habitantes de los que solamente el 52% son nativos y el resto está compuesto por rusos 21,5%, uzbekos 12,9%, ucranianos 3% y tártaros 2%. No tenían tradición histórica ni cultural propia. Estrechamente vinculados a los kazajos, estos montañeses recién poseyeron una lengua escrita particular en 1923. De acuerdo al último censo soviético de 1989, el aumento de la población total en la década 79-89 promedió el 20,9% y el de los kirguises superó el 32%.

También su economía es esencialmente agrícola, destacándose el cultivo de arroz y algodón concentrados en estrechos valles irrigados. Además se distinguen las industrias textil y de maquinaria, aunque su producción industrial simboliza el 27% del P.B.I. Necesitan importar petróleo, gas, derivados químicos y elevadas cantidades de trigo. Entre sus excedentes exportables se encuentra la energía eléctrica y algunos metales.

Hasta ahora no se han identificado conflictos étnicos de

envergadura, salvo el pleito fronterizo con Uzbekistán por el valle de Fergana.

Tadjikistán. Cuenta con un poco más de cinco millones de habitantes de los que el 62% son tajikos -los únicos musulmanes del Asia Central que pertenecen a las lenguas iránicas-, casi el 23% uzbekos, el 8% rusos y un 1% de tártaros, además de otras minorías. El ritmo del incremento demográfico durante la última década acreditaba un 33,8% mientras que el de los tajikos, el 41,8%.

País agrícola-ganadero, el principal cultivo lo constituye el algodón que representa el 40% de la tierra cultivada. Las labores agrícolas ocupan el 32% de la población activa, pero dependen de las importaciones de trigo en un 84% para abastecer el consumo nacional. Era el mayor productor de frutas secas de la extinguida Unión. También se dedican a la industria textil (hilo y seda), de herramientas, de la alimentación, así como a la industria del aluminio -tercer lugar-, aunque el porcentaje de la producción industrial sólo llega al 21% del P.B.I. Posee, además, importantes yacimientos de uranio y es un considerable generador de energía hidroeléctrica.¹⁶

Ha sido escenario de enfrentamientos interétnicos, producto de las tensiones económicas derivadas del desempleo. En febrero de 1990 multitudes enfurecidas embestían a refugiados armenios que habían huido de Azerbaiján¹⁷. Además del litigio con Uzbekistán por reclamos de límites, se han intensificado las rivalidades por el activismo de extremistas islámicos procedentes de Afganistán.

Uzbekistán. En esta inhóspita república viven más de veinte

16 EL MERCURIO, 8-1-90.

17 LA NACION, 14-2-90.

millones de personas representando los uzbekos el 71%, los rusos el 8%, el 5% los tajikos, el 4% los kazajos, los tártaros el 2% e igual porcentaje de karakalpakos, quienes constituyen una república autónoma dentro de Uzbekistán. En este país también se detecta una diferencia de crecimiento entre la totalidad de la población (28,7%) y el de los nativos (33,8%), pero no es tan significativa como en el caso de kirguises y kazajos. A pesar de sus extensos desiertos -el 70% de su superficie- y estepas, la agricultura ha podido desarrollarse gracias a la irrigación artificial, convirtiendo a este país en el primer productor de algodón de la que fuera la U.R.S.S. y tercero del mundo. También producía la mitad del arroz soviético. Sus recursos petroleros y gasíferos han hecho prosperar la industria energética. Sólo el 24% del P.B.I. proviene del sector industrial. Eminentemente agrícola, no obstante necesita importar el 79% del trigo consumido.

Entre los conflictos centrales se destacan los originados por los fundamentalistas islámicos, la elevada emigración de rusos, además de la divergencia limítrofe con los kirguises.

A comienzos de 1990, grupos nacionalistas organizados en un movimiento llamado *Birlik*, en reacción contra los turcos de Meskhetia, desterrados de Georgia, protagonizaron sangrientos choques que produjeron una treintena de muertos¹⁸.

Turkmenistán. Su territorio es un extenso desierto, salvo el litoral del Mar Caspio, poblado por tres millones seiscientos mil personas de las que el 72% son naturales, 9,5% rusos, 9% uzbekos y 2,5% kazajos. En el período 1979-89 el aumento general del índice demográfico computó un 27,4% junto al 34,1% de los turkmenos.

La economía tiene sus principales bases en la explotación del petróleo y gas, cuyos excedentes se exportaban,

18 *Ibid.*, 5-3-90.

(era la tercer región petrolífera de la U.R.S.S.) así como en el cultivo del algodón. La actividad industrial constituía el 21% del P.B.I. e igualmente acudía a la importación de trigo para completar el 80% de sus necesidades.

No se han constatado conflictos importantes en esta república.

A pesar de que el gobierno soviético abolió las instituciones legales, el marco jurídico y las fuentes económicas del Islam, reduciéndolo a una "religión de individuos" -en 1979 sólo había 200 mezquitas abiertas para una población musulmana de 50 millones de personas frente a las 30.000 habitadas al final de la época zarista- todas las evidencias sugerían un reavivamiento religioso estrechamente conectado con las mismas autoridades religiosas oficiales. La jerarquía musulmana soviética sostuvo la compatibilidad entre la ideología comunista y el credo musulmán, entre el orden socialista y el espíritu de justicia islámica, ambos apuntalando las críticas contra la explotación capitalista. Incluso se animaron a aseverar que el comunismo podía ser interpretado como una prolongación del islamismo. Ante la posibilidad de practicar el Islam en un sistema que se prosupo desarraigarlo, esa misma jerarquía había flexibilizado las estrictas normas islámicas. De las cinco obligaciones del musulmán, sólo dos están circunscritas a la vida privada, pero las otras tres afectan las relaciones laborales y económica. Entonces los líderes religiosos privilegiaron el objetivo espiritual más que el formal y de este modo facilitaron la pervivencia de las tradiciones musulmanas acomodadas a la arbitrariedad del régimen. Parte de este renacimiento fue también el resultado de la actitud adoptada por las autoridades locales que aceptaron el modo de vida musulmán, en lugar de neutralizarlo y modificarlo, como era su misión¹⁹. En tres momentos cruciales de la vida social -naci-

19 Ver CARRERE D'ENCAUSSE, H.

miento, casamiento y entierro- los musulmanes (incluso los mismo dirigentes), aún cuando no se declaraban creyentes, y que eran la mayoría, apelaban a los ritos religiosos. También eran los musulmanes los pueblos más identificados con su propia lengua y escogían para sus hijos las escuelas de su comunidad -puesto que cada nacionalidad tuvo el derecho a establecer sus propias instituciones culturales-, menos los kazajos, que como minoría en su propio país, acudieron al ruso para escalar posiciones. Por otro lado, los patrones de conducta, propiamente musulmanes (elevados índices de nacimientos, repudio a los matrimonios mixtos) se mantuvieron con tenacidad.²⁰

Ahora bien ¿cuál ha sido la posición de los especialistas occidentales sobre los pueblos musulmanes ante esta virtual perseverancia de actitudes? Se han constatado dos cuestiones que han merecido respuestas diferentes de parte de estos investigadores. La primera es la referida al papel que la modernización (alfabetización, urbanización, desarrollo económico y cultural) ha ejercido ya sea en la fusión de las naciones o bien, en el reforzamiento de la conciencia nacional, es decir, la tesis soviética, para la cual el desarrollo económico, social y cultural involucró la consolidación nacional y el surgimiento de una nueva entidad: el pueblo soviético que eliminó los rastros más notorios de la supervivencia étnicas; o la tesis contraria, que a mayor modernización mayor avivamiento de las presiones nacionales. Los expertos occidentales, casi unánimemente, apoyaron la opinión de que la modernización, lejos de apuntalar la integración, ha sido el acicate que desde hace treinta años, sirvió para intensificar las fidelidades nacionales. Muy pocos autores del oeste creyeron que el adelanto en las distintas esferas logrado por el régimen en el área musulmana iba a contener el impulso nacional y religioso. De todos los

20 SETON WATSON, H., *Los revolucionarios imperialistas*, México, 1979.

consultados pueden incluirse en este enfoque a M. Brill Olcott quien en un trabajo de 1982 sostenía que mientras la U.R.S.S. estuviese empeñada en un desarrollo económico y político -que era constatable en la zona del Asia Central a través de las oportunidades que el régimen ofrecía de movilidad ascendente- el islamismo sólo debía interpretarse como un fenómeno social y no como una fuerza política amenazante. Por esta razón el estado soviético toleraba la práctica del Islam ante la percepción del acomodamiento político que manifestaban estos pueblos²¹.

También es cierto que desde la época de Breznev ya ni siquiera los mismo líderes creían que el sistema había resuelto el problema de las sobrevivencias nacionales. Una serie de investigadores occidentales, sin desconocer el impacto de las autoafirmaciones étnicas, invalidaron su potencial como posible desestabilizador del orden soviético. Gail Lapidus, en 1984, afirmaba que los movimientos etnonacionales no eran incompatibles con los objetos soviéticos y por eso, las peticiones de los pueblos del Asia Central sólo se militaban a reclamar mayor asignación de recursos o más autoridad dentro de sus propias fronteras, lo cual no representaba una amenaza al régimen, quien además, contaba con un excepcional aparato coercitivo para disuadir cualquier exceso nacional²².

Un análisis novedoso lo defiende Steven Burg en un estudio donde plantea un fenómeno nuevo en la relación modernización-nacionalismo. Mientras fue palpable el adelanto continuado en el Asia Central, la adhesión al centralismo de Moscú fue prácticamente unánime. El deterioro económico, patente en los últimos años de los setenta, sería el principal

21 BRILL OLCOTT, M., *Soviet Islam and World Revolution*, en *World Politics*, Princeton, 1982, n° 4.

22 LAPIDUS, G., *Ethnonationalism and Political Stability: The soviet case*, en *W.P.*, 1984, n°4.

incentivo para el incremento de desafíos concretos al poder central, unido al hecho reciente de nativización en posiciones de responsabilidad en el partido y en el estado. A largo plazo, sostenía Burg en 1984, aumentaría el nivel de conflicto en esas instituciones del Asia Central, al verificarse la declinación de los índices de desarrollo. La paralización de ese crecimiento -y la segura impotencia del sistema para reactivarlo- precipitaría el desapego de esas repúblicas, muchos más que las desigualdades étnicas fomentadas por la modernización²³.

La otra cuestión está relacionada al rol que ha cumplido el Islam como elemento vigorizante o no de la conciencia nacional. Brill Olcott reconocía en el islamismo una energía vital aunque sólo referida a la supervivencia de los valores tradicionales y no una manifestación de actividades antisoviéticas o de aspiraciones nacionalistas y religiosas, debido esto último al escaso compromiso demostrado con su propia fe. Sin embargo, se ha constatado un mayor número de especialistas que creían en la intensidad de esa renovada adhesión islámica. Pero para algunos ese renacimiento sugería una revaloración de la conciencia colectiva, más orientada a lo religioso y para otros, el islamismo era un ingrediente del sentimiento nacional, a pesar del origen ficticio de esas naciones. Se han visualizado tres respuestas que solamente difieren en el énfasis que le han otorgado al rol desempeñado por la restauración islámica. La primera representada por Mortimer, sostiene que en los pueblos musulmanes se manifestó una disidencia generalizada que tuvo un definido origen nacional, aunque admitía que ese particularismo conservaba como componente básico la identidad islámica. Un segundo enfoque, secundado por H. Carrere, se encuentra en una posición intermedia: si bien el islamismo es una lealtad que vincula al musulmán con su nacionalidad concreta, esa conciencia es más una fidelidad pan-musulmana.

23 BURG, S., *Muslim cadres and soviet political development*, en W.P., 1984, n°8.

Es decir que, su primer sentimiento es hacia esa comunidad que ha configurado una sociedad con caracteres y valores peculiares, distinta del resto de la sociedad soviética. El segundo sentimiento es el de pertenencia a su propia nación. Alexandre Bennigsen, en el otro extremo, creía que el fenómeno islámico era el signo crucial de una concepción panmusulmana que identificaba a las diferentes tendencias nacionales y las superaba y era una fuerza ideológica que tendía más a intensificarse que a desvanecerse²⁴.

Conclusión

Cuando el régimen soviético inició su campaña rectificadora impulsada por Gorbachov, las primeras grietas del sistema afloraron en aquellas repúblicas de intenso sentimiento nacional, quienes manifestaron con elocuentes decisiones -paulatinamente, no obstante- su aspiración a desligarse del estado multinacional. El reclamo báltico motorizó las pretensiones de las otras repúblicas, hasta entonces maniatadas por la determinación unificadora del Kremlin. Las últimas repúblicas en plegarse a la movilización separatista fueron las del Asia Central. Varias razones explican su tardía reacción. Fueron los territorios en donde la asignación de recursos por parte de Moscú -desde la posguerra hasta los '70- fue de una intensidad formidable. La transformación económica y cultural de su población fue tangible y lo era aún más respecto a sus pares extra-soviéticos. Igualmente el proceso de indigenización en los equipos dirigentes del Partido y del Estado regionales -particularmente visible a comienzos de la década pasada- les proveyó de un nuevo motivo de satisfacción

24 BENNIGSEN, A., *Mullahs, Mujahidin y Musulmanes Soviéticos*, en Problemas Internacionales, 1984, n° 8.

respecto a las políticas del centro. Desde el punto de vista religioso, aunque la doctrina oficial desconocía la legitimidad del Islam y se propuso extirparlo, se había logrado un virtual acomodamiento de la fe a las demandas del régimen. Esta adaptación se había conseguido, en parte, debido al hábil manejo que los líderes religiosos impusieron a la práctica religiosa permitiendo así la preservación de sus tradiciones. Y en parte era también el fruto de la escasa combatividad demostrada por las mismas autoridades republicanas frente a la persistencia religiosa y cultural. Acorralado institucional y económicamente, el Islam parecía condenado a la extinción. Sin embargo, los expertos occidentales alertaron -en contra de las aseveraciones soviéticas- acerca de la supervivencia religiosa en los pueblos centroasiáticos. No sólo se advertía una renovada fe islámica sino que ésta representaba el componente esencial de un manifiesto sentimiento nacional. El régimen, que había fundado artificialmente esas naciones con el fin de impedir la conexión con los otros pueblos de la región de origen turco, se enfrentaba a un renacimiento religioso que impregnaba de contenido ideológico y de una nueva lealtad a esas repúblicas, poseedoras ahora de una sensibilidad nacional que los mismos beneficios otorgados por el sistema comunista había incrementado.

Tres conceptos claves, examinados al comienzo del trabajo, esquematizan las fuerzas en pugna en las relaciones entre el centro y las repúblicas: imperialismo, federalismo y nacionalismo. Los tres simbolizan, en ese orden, la secuencia de las etapas en las que puede identificarse el predominio de cada uno de ellos. La primera, de intenso imperialismo, es el período más extenso. En realidad, abarca casi toda la experiencia comunista y fue la época más fructífera para los países centroasiáticos (desde 1945 hasta 1970 aproximadamente). El otro momento, de reclamo federal, fue manifiesto en la década del ochenta, seguido de la explosión nacionalista a partir de 1991 que arrastró también a las repúblicas musulmanas.

Aunque los autores soviéticos nunca reconocieron el carácter imperial de su estado, la modalidad que adquirieron los vínculos con las etnias no rusas representaron una relación imperialista. El método de incorporación siguió el modelo de otros imperios: la fuerza y no la voluntaria adhesión presidió la integración al estado zarista y luego al soviético. Si bien, este imperialismo tuvo rasgos peculiares -continuidad geográfica, equitativa política colectivista a todos los confines del país, ausencia de explotación de un pueblo sobre otro- la naturaleza misma del sistema involucró el desconocimiento de las singularidades nacionales (después del breve período de promoción nacional hasta 1920) y la postergación de las promesas de autodeterminación, así como la inevitable rusificación por parte de la comunidad dominante, cultural y numéricamente.

El proclamado federalismo de las diversas constituciones soviéticas fue sobre todo un ejemplo de retórica oficial. Stalin impuso una feroz rusificación y liquidó toda oposición nacional. Luego de un corto lapso de satisfacción a las reivindicaciones étnicas y religiosas durante la Segunda Guerra, una vez concluida, reinició con brutalidad la exclusión nacional. Sus continuadores se propusieron atemperar la política stalinista en los procedimientos aunque no en su objetivo: la aspiración continuó siendo la superación de las diferencias nacionales y materialización de la amalgama de los pueblos. La centralización del poder fue palmaria en la organización del Estado, del Partido y del Ejército, instituciones todas donde la preeminencia eslava (de rusos especialmente) fue determinante.

En cuanto al nacionalismo, era éste un sentimiento tan débil en los países musulmanes -prácticamente desconocido en el momento fundacional del estado soviético- que sólo algunos especialistas del Oeste, en épocas tempranas, especulaban sobre una frustración nacional que derivase en una perturbación directa al dominio del Kremlin. No obstante, había entre los occidentales, una generalizada presunción de que los

adelantos económicos y culturales de la región desembocarían en una exaltación de las particularidades nacionales, a pesar de la creación arbitraria de esas repúblicas.

En realidad, estimamos que la modernización, en el particular caso de los territorios centroasiáticos, tuvo un doble efecto. El crecimiento en todos los órdenes que se presenció en los países musulmanes, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, fue obra de la política del orden comunista emanada de Moscú, de modo tal que esta intervención plasmó la solidaridad del Asia Central con el Kremlin. Pero simultáneamente, la modernización que alcanzaron en todos los niveles -económico, cultural e incluso político, ya que posibilitó la movilidad ascendente de las élites nativas- paradójicamente intensificó a largo plazo las peculiaridades nacionales, impregnadas de una marcada identidad islámica. Pero ellas no encabezaron, ni secundaron la desestabilización del régimen. Mientras éste existió, representaron la principal alianza de la estructura unitaria. Cuando la cohesión del imperio se pulverizó, después del fallido golpe ortodoxo de agosto de 1991 y fue palpable la incapacidad del sistema para sostenerse y más aún para dar satisfacción a la ya menguada asistencia regional, estas repúblicas también se vieron envueltas en el clima separatista y exigieron su desvinculación imperial.

¿Puede hoy hablarse del triunfo concluyente de alguna de las dos fuerzas ideológicas que compitieron durante toda la gestión soviética? En los últimos años del sistema, el fenómeno islámico experimentó un reforzamiento tal que hizo pensar a algunos expertos occidentales que el futuro del régimen se hallaba amenazado, o por lo menos éste tendría que adecuarse a las nuevas demandas de la élite en ascenso. Sin embargo, al mismo tiempo, estos líderes musulmanes aparecían como el grupo dirigente de la extinta Unión más leal a la continuidad comunista. Y aún hoy, después de dieciocho meses de emprendimiento independiente, las repúblicas ex-

soviéticas más ortodoxas, es decir, las menos comprometidas con postulados democráticos, siguen siendo los territorios musulmanes: Por otra parte, los mayores desafíos a esos regímenes no proceden de sectores liberales sino precisamente del activismo islámico. Parece ser que la antigua confrontación comunismo-islamismo permanece todavía como el conflicto preponderante. No obstante, estas dos fuerzas son las que aún siguen definiendo los rasgos específicos de estas sociedades y es por eso que allí todo hace presumir que, más que un incremento en el nivel de hostilidad, se fortalezca el acomodamiento entre el islamismo, en sostenida consolidación y el post-comunismo, adecuadamente flexibilizado a las nuevas exigencias de los tiempos que corren. Por otro lado, aunque hay evidencia de descontento de algunas minorías, no se ha registrado en estos países, la tendencia a la fragmentación que se ha desplegado en la mayor parte de las antiguas repúblicas soviéticas. Además, la singular vinculación étnica, lingüística -salvo de los tajikos-, religiosa y el equivalente nivel socioeconómico, han impulsado a estas regiones recientemente a una integración supranacional con sus vecinos, orientada a superar sus limitaciones productivas.